



El mundo verdadero y el mundo invertido: apariencia y realidad en *Meditaciones de un cristiano*, de Robert Spaemann

The True World and the Inverted World: Appearance and Reality in *Meditations of a Christian*, by Robert Spaemann



Camila María Ochoa Gatica

Universidad de los Andes (Chile)

cmocha@miuandes.cl

Resumen

Este artículo expone la visión de Spaemann sobre apariencia y realidad en *Meditaciones de un cristiano*, donde aborda este tema filosófico por excelencia utilizando las categorías mundo verdadero y mundo invertido. Seguimos el esquema (1) el estado normal del mundo se caracteriza por su apartamiento de su origen; (2) el mundo se descompone en opresores y pobres; (3) el pobre tiene la oportunidad de volver a la verdad, por consiguiente, la humanidad se divide entre justos e impíos; (4) esta disyunción constituye el mundo verdadero y el mundo invertido; finalmente, (5) se incluye una conclusión sobre el tema tratado.

Palabras clave: *Spaemann, apariencia, realidad.*

Abstract

This article presents Spaemann's view on appearance and reality in *Meditations of a Christian*, where he addresses this theme using the categories of the true world and the inverted world. We follow the outline (1) the normal state of the world is

characterized by its separation from its origin; (2) the world is divided into oppressors and the poor; (3) the poor have the opportunity to return to the truth, and consequently, humanity is divided between the righteous and the wicked; (4) this disjunction constitutes the true world and the inverted world; finally, (5) a conclusion on the topic is included.

Keywords: *Spaemann, appearance, reality.*

1. Introducción

La distinción entre apariencia y realidad atraviesa toda la historia del pensamiento y es uno de los tópicos principales del estudio filosófico. Como afirma Spaemann, “la distinción entre ser y apariencia es la primera y la más fundamental de las distinciones con la que comienza la filosofía.”¹ Desde la Antigüedad la apariencia (*φαντασία*) se entendió como una ilusión en el plano de la percepción y en el plano cognoscitivo como un error o falsedad. En cambio, lo real en general remite a lo verdadero o efectivamente existente (*το αληθινὸν ὄντως*).² Desde entonces, pensadores de todos los siglos se han esforzado por definir un criterio válido para distinguir entre lo ilusorio y lo auténtico. Este problema puede ser abordado desde dos planos de conocimiento: el teórico y el práctico. Respecto a la perspectiva teórica, encontramos, por ejemplo, a Platón cuando distingue entre *episteme* y *doxa*.³ Respecto a en la consideración práctica, encontramos ya en Sócrates la distinción entre bien real y bien aparente. En esta línea, Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* deja en evidencia que conocer el bien no tiene que ver tanto con el estudio y el rigor científico como con la categoría moral del hombre que conoce. Solo el virtuoso puede ver las cosas como son, a diferencia del vicioso, para quien la realidad se encuentra distorsionada a causa de sus malas acciones: “según cómo es cada uno se le aparece el fin [...]

¹ Spaemann, Robert, *Ética, política y cristianismo*, (Madrid: Biblioteca Palabra, 2007), p. 189.

² Cfr. Boeri, Marcelo, *Apariencia y realidad en el pensamiento griego* (Colihue: Buenos Aires, 2007), pp. 18-19.

³ Cfr. Platón, *Diálogos IV: República* (Gredos: Madrid, 2003), 477a-b; 523b-524c; 602 e.

si cada uno es, en cierto modo, causante del hábito que tiene, también será, en cierto modo, causante él mismo de la manera en que se le aparecen las cosas."⁴ El estagirita constata que las cosas se muestran de modo diverso para quien obra mal y para quien obra bien.

Robert Spaemann aborda la problemática de apariencia y realidad en su comentario al libro de los Salmos,⁵ situándola en el mismo plano que Aristóteles propone en la *Ética*: la fuente del discernimiento entre lo verdadero y lo falso, entre la verdad y la mentira, no es tanto la capacidad intelectual como un *corazón puro*.⁶ La reflexión en torno a lo real está presente en toda la obra de Spaemann desde distintas perspectivas⁷. El tratamiento en su comentario a este texto bíblico introduce matices interesantes, de relevancia filosófica y no solo teológica. Para mostrar la presencia de este tópico en los Salmos, Spaemann introduce las categorías *mundo verdadero* y *mundo invertido o trastornado*, bebiendo de la propuesta agustiniana de las *Civitates duae*:

Los Salmos giran una y otra vez sobre el tema relativo al mundo verdadero y el mundo invertido o trastornado: el mundo tal y como lo ve Dios, esto es, tal y como sería si reconociese la mirada de Dios como verdad determinante; y el mundo tal y cómo se nos presenta desde la perspectiva de la rebelión contra el Reino de Dios: *Civitas Dei* y *Civitas hominis*. La una se define por el amor *Dei usque ad contemptum sui*, la otra por el amor *sui usque ad contemptum Dei*.⁸

Un mundo, el verdadero, es habitado por los justos; el otro, el invertido, por los impíos. El justo habita en la verdad, en la realidad

⁴ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Trad. Eduardo Sinnott, (Colihue/Universidad Adolfo Ibáñez: Buenos Aires, 2019), 1114b, 1.

⁵ Spaemann, Robert, *Meditaciones de un cristiano I*, Trad. Fernando Simón Yarza, (Madrid: BAC, 2015).

⁶ Yarza, Simón, en Spaemann, Robert, *Meditaciones de un cristiano II*, Trad. Fernando Simón Yarza, (BAC: Madrid, 2016), p. XIV.

⁷ Cfr. Spaemann, *Ética, política y cristianismo*, pp. 189-209; Spaemann, Robert, *Sobre Dios y el mundo*, (Madrid: Biblioteca Palabra, 2014) pp. 13-20; Spaemann, Robert, "Educar para la realidad", en *Límites, acerca de la dimensión ética del actuar* (Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, 2003), pp. 479-486.

⁸ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, pp. 98.

tal cual es al reconocer a Dios creador como medida de lo bueno y de lo malo. En cambio, el pecador vive en la mayor ilusión posible, pues desconoce con sus acciones a Dios como fundamento del ser. El impío vive como si Dios no existiese lo que “significa negar a Dios en el propio corazón.”⁹

A pesar de que el justo vive en la verdad y el impío en la ilusión, señala Spaemann, vemos que en el mundo “a los buenos les va mal y a los malos les va bien.”¹⁰ Esta disociación entre habitar en la verdad y el buen porvenir lleva a preguntar: ¿no vive el bueno en la ilusión? ¿quién vive engañado, el impío o el justo? ¿quién habita la realidad tal cuál es? Spaemann retrata e interpreta la dinámica constante entre el mundo trastornado y el mundo verdadero para mostrar que, aunque el mundo se nos aparece de cierta manera, esto es producto del pecado y por tanto de la mentira, mientras que la verdad se encuentra en la afirmación de Dios como fundamento de todo lo que existe.

Expondremos los puntos centrales de la dinámica del mundo tal como Spaemann la analiza en *Meditaciones de un cristiano I y II*, particularmente en su comentario al salmo 14 y, de este modo, dejaremos en evidencia que la comprensión de esta estructura íntima de la realidad permite contestar la pregunta quién vive en la apariencia y quién en la realidad.

2. El estado actual del mundo

El salmo 14, según señala Spaemann, inicia constatando la situación actual del mundo: “el Señor mira desde el cielo a los hijos de los hombres, para ver si hay un cuerdo o que busque a Dios. Todos se han extraviado, todos se han vuelto inútiles” (Sal 14, 2-3).¹¹ En estos versículos Dios busca a alguien que le busque, alguien de entre los hijos de los hombres que se vuelva hacia las creaturas y vea al Creador a través de ellas. Sin embargo, la naturaleza humana ha quedado herida por el pecado original y, por ello, ni siquiera es capaz de descubrir al Creador en su creación:

⁹ Ibid., pp. 99.

¹⁰ Ibid., p. 6.

¹¹ Las traducciones de los Salmos están tomadas de *Meditaciones de un cristiano I y II*.

La lejanía de Dios, la falta de transparencia de las cosas terrenas para el fundamento de su ser, constituye en verdad la consecuencia de la ofuscación de nuestra mirada. Y esta es, a su vez, consecuencia de que no buscamos a Dios como lo haríamos si fuésemos como deberíamos ser. A esta falsa normalidad la llamamos «pecado original». «Nadie obra bien, ni siquiera uno».¹²

Spaemann afirma que a causa del pecado la humanidad ha quedado obnubilada. Lo más propio de la creatura es tender a su origen, hacia al creador de quién procede. Sin embargo, los hombres no son del modo en que deberían ser. Como señala Heráclito "los hombres no han llegado al conocimiento de este logos que ha existido desde siempre."¹³ Esta es una falsa normalidad por la cual, en vez de inclinarse a Dios, el hombre se aparta de Él con sus malas acciones.

La conexión entre obrar mal y la capacidad de conocer la realidad tal como es se deduce de la naturaleza misma de este acto. El pecado es obrar como si Dios no existiera y eso implica, para Spaemann, negar en el centro de uno mismo el fundamento último de la realidad: "la vida desentendida de Dios supone, en lo profundo de la persona, negación de Dios."¹⁴ El pecado, como señala San Agustín, es una palabra, un acto contrario a la ley eterna,¹⁵ que no es otra cosa que el orden impreso en el hombre y en la realidad. Cuando el hombre peca, obra en contra de la razón y por tanto se desentiende de su yo más profundo, no reconoce que es racional, por lo tanto, en cierto sentido, se cierra al orden inteligible de lo que es.

Así, este mundo es habitado por seres cegados por el pecado porque tienen herida su naturaleza. Esta ley perversa opera en todos los hombres sin excepción y, por ello, el salmista afirma "nadie obra bien, ni siquiera uno" (Sal. 14, 3). Esto provoca un contraste entre cómo la realidad debería mostrarse y cómo

¹²Ibid., p.101.

¹³ Heráclito, trad. C. Eggers Lan-V. Juliá, *Los Filósofos Presocráticos* (Madrid: Gredos, 1981) B1.

¹⁴Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, pp. 99.

¹⁵ Cfr. San Agustín, *Obras completas de San Agustín. XXXI 2º: Escritos antimaniqueos*, "Contra Faustum manichaeum" (Madrid: BAC, 1993) 22, 27.

efectivamente se nos aparece: es el mundo trastornado, caracterizado por un apartamiento de su origen.

Contrario a la comprensión de Spaemann, encontramos cierta filosofía en los últimos años que cuestiona que esta situación producto del pecado original sea ilusoria. Tal es así que en autores como Kierkegaard o Rousseau se ve el pecado original como “la inevitable salida de una existencia de ensueño.”¹⁶ Para ellos, la apariencia sería el paraíso, mientras que el pecado abriría los ojos del hombre a la realidad de la existencia. Para Spaemann, por el contrario, el estado actual de la naturaleza humana es una existencia falsa, inauténtica, pues el hombre se ha vuelto en contra de su principio, Dios, y de sí mismo.¹⁷

La situación del trastorno del mundo provoca una disyunción crucial para el filósofo alemán entre opresores y pobres según cómo se experimenta esta naturaleza herida y sus consecuencias.

3. Opresores y pobres

Destaca Spaemann que la herida del pecado es universal pues todo hombre está sometido a una ley destructiva que opera en su propio corazón. Sin embargo, solo algunos sacan ventaja del pecado: los opresores. Para Spaemann, el opresor es el hombre malo que dispone de una especie de omnipotencia. Al ejercer autoridad, el pecador es capaz de efectivamente devorar un pueblo (cfr. Sal, 14, 4). El pecador poderoso tiene los medios para llevar a cabo su deseo y poner el resto del mundo a su disposición, oprimirlo. Por esto exclama Dios, “¿No entrarán en razón esos que obran iniquidad, los que devoran a mi pueblo como un pedazo de pan?” (Sal. 14, 4). Los que devoran a su pueblo son los opresores que han recibido bienes, pero, en ello se han cerrado a Dios de quién procede todo bien. Al hacerlo, señala Spaemann, se convierten en una especie de *agujero negro*. Un agujero negro es un cuerpo que no puede verse porque absorbe todo cuanto se le aproxima, incluida la luz.¹⁸ De modo análogo, el hombre que “no

¹⁶ Spaemann, Robert, *El rumor inmortal*, (Madrid: Rialp, 2017), p.181.

¹⁷ Cfr. Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, p.183.

¹⁸ Spaemann, *Ibid.* pp. 103.

recibe su ser como un regalo que ha venido de lo alto,”¹⁹ sino que pretende autofundar su existencia tiene que vivir a costa de otros, “devorarlos: su trabajo, sus fuerzas, su alegría, su paciencia, su fe,”²⁰ en definitiva, su vida. Estos son los opresores.

El pobre es víctima de la opresión, no es necesariamente pobre materialmente, ni tampoco es necesariamente bueno y justo. Pobre es quién ve amenazado su trabajo, sus alegrías, su paciencia...por una fuerza devoradora que quiere subyugar y volverlo todo hacia ella. El pobre no ha recibido los mismos dones que han recibido los ricos, pero los dones en manos del hombre rico pueden ser el detonante de la negación de su condición de creatura, si se cierra a Dios de quien procede todo bien. El pobre, en cambio, al sufrir encuentra una ocasión propicia para desenmascarar la apariencia y ver el mundo trastornado como trastornado. “El sufrimiento destruye la mentira en la que consiste pensar que el mal no es mal.”²¹ Sin embargo, experimentar el sufrimiento no basta, el pobre aún debe purificarse y dirigirse a Dios.

Entonces, los hombres se dividen: los opresores obran mal a consecuencia del pecado y pueden realizar lo que desean; los pobres, aunque experimentan en sí mismos la herida del pecado porque poseen la misma tendencia que los poderosos, “no sacan ventaja de ese mal y esa es justamente su ventaja.”²² Las denominaciones pobre y opresor podrían producir una interpretación inadecuada del pensamiento de Spaemann que no es un teólogo de la liberación que interprete los textos bíblicos en clave marxista. El opresor no lo es solo por haber recibido bienes materiales, sino por no recibirlos como un don proveniente de Dios. El pobre experimenta la amenaza del opresor y sufre por sus carencias, pero todavía debe volver los ojos a Dios para convertirse y ver la realidad tal cual es.

Es necesario preguntar si la actitud del opresor es acaso reprochable. En la mera lógica de la auto-conservación el opresor

¹⁹ Ibid. pp. 103.

²⁰ Ibid. pp. 103.

²¹ Spaemann, *El rumor inmortal*, p. 196.

²² Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, p. 104.

obedece al único y auténtico fin del hombre: su propio beneficio. Esta lógica, como exponen Madigan²³ y también Yarza,²⁴ es una de las tendencias transversales que Spaemann identifica en la filosofía moderna. El opresor determinado solo por su propio querer y su propia norma aparece como triunfador en un mundo donde todos los seres se encuentran volcados hacia sí mismos. Sin embargo, esta lógica sucumbe en cuánto se constata que el hombre no se ha dado a sí mismo el ser, es creatura, y que ansía aquello que está en su propio origen: Dios.²⁵ Por esto, el opresor se autoexcluye de la realidad, habita en el mundo trastornado como si fuera verdadero al negar su principio y fundamento de su existencia. Afirma Spaemann “los dones de Dios solo son saludables para nosotros cuando, juntamente con el don, recibimos al dador. Quien se cierra al dador se sustrae al ser-conocido por Dios.”²⁶ Este no ser conocido por Dios constituye la mayor oscuridad posible para el hombre.

4. El justo y el impío

Como señalamos, los pobres sufren a consecuencia del trastorno del mundo. Por medio de ese dolor, quien es devorado experimenta inmediatamente que lo que ocurre no está bien, que padece a causa de una ley que rige también en su propio corazón. La naturaleza de todo hombre está herida, pero no todos han quedado cegados por completo a la omnipotencia divina y a la presencia de Dios en el mundo. Mientras que unos, *considerando cosas vanas*, quedan sumidos en una comodidad peligrosa por el poder que ostentan, otros por medio del sufrimiento son capaces de despertar. El pobre que se convierte se da cuenta de que “por más que nos toque padecer por razones injustas, el sufrimiento

²³ Cfr. Madigan, Arthur, *Contemporary Aristotelian Ethics*, (Indiana, University of Notre Dame: 2024) p. 164. “*This is the idea, found in Spinoza and others, that the essence of things is their striving to preservethemselves, to keep themselves in being: conatus sese conservandi est essentia rerum, “the essence of things is their effort to preserve themselves.”*”

²⁴ Yarza, Simón, en Robert, Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, p. IX.

²⁵ Por ello Spaemann hace a lo largo de sus obras tanto énfasis en una visión teleológica de la naturaleza. Cfr. Madigan, Arthur, *Contemporary Aristotelian Ethics*, pp. 164 y ss.

²⁶ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano II*, p.20.

nunca nos llega en nuestra total inocencia”²⁷; el pobre toma conciencia de su propia ceguera. De este modo, “todo hombre, en el momento del despertar de la razón, asume el pecado original como algo propio, a través del *amor sui usque contemptum Dei*, viviendo en adelante una situación de pecado mortal, o bien se vuelve hacia la luz bajo el impulso de la gracia divina.”²⁸ Una vez que toma conciencia del propio pecado, el hombre se vuelve hacia Dios o hacia sí mismo y el mundo se divide entre impíos y justos, disyunción radical respecto de la cual no cabe punto medio. Es necesario destacar que si el hombre se vuelve a la luz es “por impulso de la gracia divina”, ya que es Dios quien obra en los hombres el querer y el hacer²⁹, pero se requiere que la creatura secunde la acción y don de Dios.

El pobre, por medio del sufrimiento, empieza a ver correctamente: el mundo se encuentra trastornado porque no se rige por el orden de su Creador. Ahora le interesa el mundo tal y como lo ve Dios. Este es el punto de inflexión del salmo 14, donde el pobre pone su esperanza en el Señor (Cfr. Sal 14, v.6), se le abren los ojos, el mundo está ordenado por un creador y como hombre, ha recibido el ser y decide comportarse según la naturaleza que le ha sido dada. “Padeciendo la injusticia, «el pobre que pone su confianza en el Señor» se vuelve justo”³⁰ y empieza a habitar en la ciudad de Dios. Al poner su esperanza en el Señor, el justo se abre a la luz, pues Dios es la luz misma:

Lo cual no es ninguna metáfora. La luz no es primeramente un fenómeno físico. ¿Ondas? ¿Corpúsculos? Nada de eso es lo que experimentamos como luz. Luz es lo que salvaguarda la apertura. Luz es lo que permite a lo distinto de nosotros mismos existir para nosotros, lo que cancela la lejanía.³¹

Se enciende la luz, aquello que en el plano de la percepción nos permite conocer lo diferente de nosotros. Solo esta apertura a Dios

²⁷ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, p. 207.

²⁸ Spaemann, *El rumor inmortal*, p. 184.

²⁹ Cfr. Filipenses 2,13.

³⁰ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, pp. 104.

³¹ *Ibid.*, pp. 61.

que “salvaguarda la apertura y cancela la lejanía” permite conocer las cosas como son.

El pobre percibe el apartamiento del mundo respecto de su origen y reconoce a Dios como fundamento de la realidad y del auténtico bien, comprende el sentido del mundo, y no solo eso, sino que él mismo es conocido por Dios. El Señor lo reconoce, pues “Dios está junto al linaje del justo” (Sal 14, v.6). Esto es un gran aporte en el tópico que nos ocupa, apariencia y realidad. Ya no se trata solo de si el hombre puede conocer la realidad o no, sino de su propia existencia. Como Spaemann deja en evidencia, los Salmos señalan no solo que el justo conoce el mundo tal cual es, sino también que solo el justo es real en sentido propio. “En tanto que origen y fundamento del ser, Dios solo puede conocer lo que porta su imagen, dado que solo eso es real en un sentido profundo.”³² Solo Dios le da significado al hombre, el justo es iluminado por Dios, mientras que el malvado permanece en las tinieblas. Que Dios ilumine al hombre y su camino es lo que lo sitúa en la realidad.

Por el contrario, el malvado decide habitar un mundo irreal, inexistente lo cual lo vuelve a él mismo irreal e insignificante. Tal es así que Spaemann llega a afirmar:

La total virtualización del mundo hace prescindible la existencia de Dios. [A *sensu contrario*], si queremos pensar lo real como real, tenemos que pensar a Dios. «Temo que no nos libremos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática», escribía Nietzsche. También podría haber añadido «mientras sigamos pensándonos como reales».³³

Solo Dios es fundamento de la existencia, lo que da consistencia a la radical contingencia de todo lo creado. Lo real en sentido pleno es para Spaemann solo lo que se atiene al orden establecido por el creador. En cambio, el que se sustrae de este orden por el pecado cae en la nada, en la ilusión, en la virtualidad. El impío esta fuera, en tinieblas, porque el Señor de todo cuanto existe no lo conoce o más bien no lo reconoce.

³² Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, pp. 99.

³³ Spaemann, Robert, *El rumor inmortal*, p. 37.

En la Oración del ateo de Miguel de Unamuno se dice: «si Tú existieras, existiría yo también de veras». Negar a Dios significa querer vivir en el absurdo. Si Dios no existe, escribe Nietzsche, tampoco existe algo semejante a la verdad, ni tampoco, pues, algo así como la Ilustración. Porque «también nosotros, ilustrados, [...] tomamos aún nuestro fuego de la hoguera que hace mil años encendió la fe, esa fe de los cristianos, que era también la fe de Platón, en que Dios es la Verdad, en que la Verdad es divina».³⁴

La verdad y la realidad se sostienen en última instancia en la divinidad, como ya habían evidenciado los griegos, en un fundamento trascendente a nosotros mismos. En cambio, quitado Dios, el hombre queda sumido en las tinieblas, en la oscuridad. Para Nietzsche, no habría motivos para creer en ese fundamento del ser, en esa luz que durante siglos guio a la humanidad y así estaría el hombre “condenado” a la irrealdad. Spaemann, por el contrario, sostiene que la existencia de Dios es necesaria, por la finitud esencial del hombre y de todo lo creado. Solo “Dios es el fundamento inmemorial del universo y del hombre”³⁵ y por ello solo “quien teme a Dios alberga un sistema de coordenadas realista”³⁶. El concepto de creatura, a saber, estatuto ontológico de quien ha recibido el ser, remite necesariamente a Dios como principio de todo; y la contingencia de todo lo que existe, exigen un fundamento inmemorial. Como dice Agustín, “*homo circumferens mortalitatem suam*”³⁷, el hombre como creatura está impregnado, rodeado de su finitud.

Así, Nietzsche y Spaemann comparten la tesis de que realidad y existencia de Dios en última instancia son interdependientes. Mientras que Nietzsche aboga por la irrealdad e inexistencia de Dios, Spaemann intenta a lo largo de su obra mostrar que Dios es necesario por la radical contingencia de todo lo que conocemos y descubre la presencia de esta idea en los Salmos. “Los Salmos, y todo el lenguaje judeo-cristiano sobre Dios, están plagados del pensamiento de que “desde mucho antes de que yo supiera de

³⁴ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano II*, p. 9.

³⁵ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano II*, p. 75.

³⁶ Spaemann, Robert, *Meditaciones de un cristiano I*, p. 258.

³⁷ San Agustín, *Obras completas II: Las Confesiones*, (Madrid: BAC, 1974) 1,1,1.

Dios, Él sabía de mí.”³⁸ Esto habla del salmista como “un sujeto finito que se sabe a sí mismo no como un sujeto que sabe, sino que es sabido.”³⁹ “Es sabido” porque Dios mismo lo mira y lo precede.

El justo, entonces, funda en Dios su existencia y lo afirma en su acción. En cambio, el impío vive en la irrealidad y el absurdo, pues desconoce su verdad más íntima y Él mismo es desconocido por Dios al retirarse de su presencia.

5. El mundo verdadero y el mundo invertido

La constatación de que Dios es el fundamento de lo que existe, deja en evidencia el verdadero orden de la realidad. El que se muestra como poderoso es en verdad insignificante, “los impíos [...] son como paja que arrebató el viento” (Sal 1, v.1), en cambio, el pobre es conocido por la Verdad. Esto constituye dos modos contrapuestos de habitar la realidad. El justo habita el mundo verdadero, la senda que conduce a Dios. Vive en la ciudad celeste. Por el contrario, el impío habita el mundo trastornado como si fuera definitivo, lo cual es posible porque “el mundo en el que vivimos es un mundo cuyos parámetros no son los divinos, sino que en él parecen triunfar el mal y la mentira [...] parece gozar de una consistencia de la que en realidad carece.”⁴⁰ La apariencia de este mundo no responde a su auténtico ser y por ello “el camino de los impíos no es ningún camino porque no es conocido por Dios.”⁴¹ El mundo falso es en verdad inconsistente. Por el contrario, el mundo verdadero, la Ciudad de Dios, encuentra un fundamento más allá de él mismo porque su permanencia viene asegurada por Dios, el ente subsistente.

Sin embargo, aunque el pobre se peca de que “el mundo se halla fuera de quicio,”⁴² no puede reestablecerlo a su estado original. El orden de la creación se ha perdido por lo cual “vivimos en un

³⁸ Spaemann, *El rumor inmortal*, p. 157.

³⁹ *Ibid.*, p. 157.

⁴⁰ Cfr. Yarza, en Spaemann, *Meditaciones de un cristiano II*, p. XIII.

⁴¹ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, p. 10.

⁴² *Ibid.*, p. 86.

mundo de apariencias, en un mundo regido por perspectivas individuales interesadas⁴³. A pesar de que el justo comprende este descarrío del mundo, no es capaz, por sus propios medios, de enderezar el mundo trastornado, es incapaz de devolver el mundo al estado en el que fue creado. Por ello, el justo se encuentra en medio de una situación de temor y aprieto constante, situación que se señala continuamente en los Salmos: el justo ora, clama a Dios porque solo Dios puede enderezar el mundo. El orante se da cuenta de que “no es el hombre, sino Dios, el Señor del hombre,”⁴⁴ por lo que, en realidad, la situación del mundo está en sus manos. Esto lleva al salmista dirigir su mirada a la salvación, a la venida de un redentor que revele al mundo falso como tal y reconstituya el mundo verdadero.

Y a ello apunta el final del salmo. Ya no se trata aquí de «los hombres», fuente de toda maldad, sino del pueblo de Dios que, cautivo en el mundo trastornado de los hombres, en tanto que pueblo de la promesa busca con la mirada la Salvación. El lugar del que viene la Salvación esta ya ahí: Sión-Gólgota. El Gólgota constituye la cima del mundo trastornado y, al mismo tiempo, el punto de la conversión, el punto de inflexión. Pero el giro, la liberación, tan solo se hace visible en la Resurrección.⁴⁵

Sin ahondar aquí en este punto exclusivamente teológico, nos limitamos a señalar que con esta cita queda en evidencia que la exposición de Spaemann culmina con la redención. Lo que se aparece como la victoria del mundo trastornado, la crucifixión, lo que se manifiesta como la opresión definitiva que pretende aniquilar a quien es “la luz del mundo” (Jn, 8, 12), es en verdad el triunfo definitivo de la Ciudad de Dios. El mesías asume la naturaleza humana herida por el pecado que es el origen del apartamiento de este mundo respecto de su creador, como señalamos al principio. Con su muerte y resurrección Cristo reestablece definitivamente la relación de las creaturas con su creador. Se produce así la inflexión en que las apariencias son superadas por la verdad del triunfo de Cristo en su resurrección.

⁴³ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano II*, p. 35.

⁴⁴ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, p. 16.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 105.

La comunidad de los justos ansía este restablecimiento: “el pueblo de Dios, la *Civitas Dei*, se compone de aquellos que viven de esta esperanza, de aquellos «que esperan con amor su venida».”⁴⁶

Este es el signo claro del auténtico orden de las cosas pues toda realidad se manifiesta en aquello que efectúa o que produce.⁴⁷ El mundo falso no cumple lo que promete: “No moriréis” dice el demonio y, sin embargo, todo lo que se genera, se corrompe. Y es que nada se mantiene en el ser sin que Dios lo quiera, el hombre engañado no puede sostener su mentira más allá de los límites de su naturaleza. Por ello, el mundo falso no es un camino, sino como señala Spaemann “una marcha autónoma que no tiene ninguna meta, sino tan solo un final: la muerte.”⁴⁸

6. Conclusión

En el presente artículo se reflexionó en torno al tema apariencia y realidad en *Meditaciones de un cristiano* de Robert Spaemann. Como señalamos al inicio, este es un problema filosófico de gran envergadura. Spaemann nos demuestra que el diálogo con la tradición religiosa, en este caso representada por los Salmos, puede ser de gran provecho para la filosofía. El filósofo alemán interpreta los Salmos y deja en evidencia que las personas que cierran los ojos a la realidad de su condición de creaturas con sus malas obras niegan la realidad fundamental de su existencia. Esto lleva, en definitiva, a una distorsión dramática entre apariencia y realidad.

Para exponer la propuesta de Spaemann, en primer lugar, señalamos que en el mundo existe una falsa normalidad. Este aparece como trastornado, apartado de su origen que es Dios. Los hombres que habitan el mundo están obnubilados por una naturaleza que se desvía del orden auténtico de lo que es y no son capaces de reconocer al Creador detrás de las cosas que de Él proceden.

⁴⁶ Spaemann, *Meditaciones de un cristiano I*, p. 105.

⁴⁷ Cfr. Spaemann, *Meditaciones de un cristiano II*, p. 123.

⁴⁸ Spaemann, Robert, *Meditaciones de un cristiano I*, p. 10.

Luego dejamos en evidencia que, producto de este trastorno, el mundo se divide entre opresores y pobres. Los opresores son quienes no han recibido ni lo que tienen ni su ser como un don divino, sino que pretenden fundar en sí mismos su existencia. Por el poder que ostentan, son capaces de realizar sus deseos perversos. Por ello, se convierten en una especie de agujero negro que reclama todo para sí. El opresor, amenaza con aniquilar y arrebatarle al pobre sus bienes y su vida. El pobre sufre y es ese sufrimiento es medio para abrir los ojos a la realidad.

Después, mostramos que el pobre experimenta esta opresión directamente como un mal, lo que supone un bien relativo porque lo habilita a reconocer la injusticia. El pobre experimenta el mal como mal y no como bien aparente. El pobre que se da cuenta de que aquello que le hace daño proviene de un deseo desordenado presente también en sí mismo, puede convertirse y empezar a ver el mundo como lo ve Dios. Ahora es justo porque se alegra en el Señor, porque ve el mundo como Él lo y, fundamentalmente, porque es conocido por Dios mismo. Mientras que el impío al cerrarse a Dios se cierra a quien fundamenta su existencia y se vuelve él mismo ilusorio.

Finalmente, señalamos que esto constituye el mundo verdadero y el mundo invertido o trastornado, la Ciudad de Dios y la Ciudad terrena. El justo, que habita el mundo real, comprende que el mundo trastornado en realidad es ilusorio porque no es conocida por Dios, aunque se aparece como victorioso. El mundo irreal en el que viven los impíos no tiene ningún ser y la única ciudad que permanecerá será la *Civitas Dei*, la ciudad de los que temen a Dios. El mundo verdadero lo es porque se funda en la absoluta permanencia, que es Dios, y el orden que Él mismo ha dispuesto. El justo constata esta realidad, pero no es capaz de devolver el mundo a su estado originario, pues no está en su poder reconstituir la naturaleza herida. El hombre sí puede volver a Dios su corazón, evitar fundar su existencia en sí mismo, sino en el Ser que sostiene todo lo que existe.

Antes de concluir es necesario destacar una diferencia. Aunque al hombre las cosas se le aparezcan de un modo, él es capaz de desentrañar la realidad y acceder a su ser auténtico, según señala

Heidegger en *Ser y Tiempo*: el hombre tiene el poder descubridor, de conocer al ente como el ente es⁴⁹. Para Robert Spaemann, esto solo se da en plenitud en quienes habitan el mundo verdadero. El hombre debe percatarse del trastorno del mundo y abrirse a su auténtico sentido.

Referencias

- Aristóteles. 2019. *Ética a Nicómaco*. Traducción de Eduardo Sinnott. Buenos Aires: Colihue / Universidad Adolfo Ibáñez.
- Boeri, Marcelo. 2007. *Apariencia y realidad en el pensamiento griego*. Buenos Aires: Colihue.
- Heidegger, Martin. 1997. *Ser y tiempo*. Traducción de Jorge Eduardo Rivera. Santiago de Chile: Ediciones Universitarias.
- Heráclito. 1981. *Los filósofos presocráticos*. Traducción de C. Eggers Lan y V. Juliá. Madrid: Gredos.
- Madigan, Arthur. 2024. *Contemporary Aristotelian Ethics*. Indiana: University of Notre Dame.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm. 2011. *La genealogía de la moral*. 3.^a ed. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza.
- Platón. 2003. *Diálogos IV: República*. Madrid: Gredos.
- San Agustín. 1993. *Obras completas de San Agustín. XXXI 2.º: Escritos antimaniqueos*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).
- Spaemann, Robert. 2003. *Límites: Acerca de la dimensión ética del actuar*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.
- Spaemann, Robert. 2007. *Ética, política y cristianismo*. Traducción de José María Barrio Maestre y Ricardo Barrio Moreno. Madrid: Biblioteca Palabra.
- Spaemann, Robert. 2014. *Sobre Dios y el mundo*. Traducción de José María Barrio Maestre y Ricardo Barrio Moreno. Madrid: Biblioteca Palabra.

⁴⁹ Cfr. Heidegger, *Ser y tiempo*, trad. Jorge Eduardo Rivera, (Santiago: Universitaria, 1997), §§31-32.

Spaemann, Robert. 2015. *Meditaciones de un cristiano I*. Traducción de Fernando Simón Yarza. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

Spaemann, Robert. 2017. *El rumor inmortal*. Traducción de José María Barrio Maestre y Ricardo Barrio Moreno. Madrid: Rialp.

Spaemann, Robert. 2017. *Meditaciones de un cristiano II*. Traducción de Fernando Simón Yarza. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC)

La autora es Licenciada en Filosofía, doctoranda en Filosofía y docente de Antropología Filosófica (Universidad de los Andes, Chile). Su tesis de licenciatura consistió en un análisis de la metafísica del conocimiento presente en La estructura de la subjetividad de Antonio Millán-Puelles. Actualmente está realizando su investigación doctoral en epistemología en Santo Tomás de Aquino y es becaria de ANID. Sus áreas de interés son Filosofía Medieval, Epistemología, Metafísica y Antropología.